

CONSIDERACIONES SOBRE LOS PROCESOS DE ESTATALIZACIÓN EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Carlos G. Wagner, Domingo Plácido, Jaime Alvar*

RESUMEN. - Se discuten los datos arqueológicos y literarios relativos a los procesos de cambio social y cambio cultural en el S.O. peninsular durante la protohistoria y se contrastan con aquéllos procedentes del área ibérica. Aunque la existencia de élites y formas de control del trabajo parece asegurada, metodológicamente no se han puesto las bases para poder hablar de la existencia de Estado, ni establecer las relaciones sociales de dependencia.

ABSTRACT. - Archaeologic and literary evidence concerning cultural and social changes in the First Iron Age S.W. Iberian are discussed in contrast with data from iberic context. Social elites and subordinate labour was present in Tarteso but, by methodological reasons, the existence of the State are not tested and we know nothing on ways of social dependence.

PALABRAS CLAVE: Estado, Cambio social, Aculturación, Protohistoria, Península Ibérica.

KEY WORDS: State, Social change, Acculturation, First Iron Age, Iberian Peninsula.

Que Manuel Fernández-Miranda fue hombre de Estado no es noticia que suponga sorpresa para nadie, aunque —como en tantas otras facetas de su propia vida— también en esa dimensión de *zoon politikon* su presencia despertaba un perverso atractivo para quienes apegados a la realidad académica discutimos desde posiciones puramente intelectivas la propia esencia del Estado. No poco desdén provocaría en él una mera especulación de despacho, lo que obliga a quienes intentamos agasajarlo a entretener la lucubración con el dominio arqueológico, de modo que si este trabajo pudiera haberle despertado alguna simpatía tendría que haberlo hecho en la combinación más consistente de nuestras dos disciplinas. Envite difícil, pues, éste que hemos aceptado en un momento de renovación del conocimiento que se realiza desde posiciones con frecuencia demasiado rígidas en las que hemos participado algunos de nosotros. Quisiéramos llamar la atención sobre algunas cuestiones que no necesariamente obtienen solución, pero que pueden contribuir a un debate más apropiado.

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

Es opinión de muchos que el deseo de encontrar el origen del Estado en las comunidades pe-

ninsulares constituye un objetivo erróneo para la investigación por dos razones de distinta naturaleza. Para unos, la parquedad de fuentes informativas impide una percepción suficientemente compleja y articulada de la realidad como para detectar la existencia o no de formaciones estatales. Para otros, el Estado constituye un conjunto de instituciones propio de formaciones sociales tan complejas que les resulta obvia su inexistencia en las comunidades de la Iberia prerromana.

Con respecto a la primera postura simplemente convendría asumir que son los documentos los que están al servicio de la investigación histórica, no a la inversa; de manera que es el alcance del intelecto de los investigadores el mayor inconveniente para la correcta conceptualización de los documentos con los que trabaja. Sólo si somos capaces de elaborar un sistema de explicación coherente, en el que tengan cabida las realidades actuales así como las eventualmente venideras, habremos logrado contribuir al conocimiento de nuestro pasado suspendido hasta el presente.

La segunda consideración es, al mismo tiempo, más simple y más complicada. De hecho, reside en la misma idea que nos configuramos para definir el Estado. Quienes suscribimos este trabajo compartimos el criterio de que el Estado es el marco

* Departamento de H.^a Antigua. Universidad Complutense. Ciudad Universitaria, s/n. 28040 Madrid.

que alberga los mecanismos de control destinados a impedir el desmembramiento social germinado en los conflictos de clase.

Por tanto, aceptamos como premisa la necesidad de clases sociales en el seno de las formaciones estatales. Una de esas clases es la que detenta los mecanismos de control que, evidentemente, manipula para su propio beneficio. Tales mecanismos son variados; afectan al orden económico, social y político y se gestionan de distintas formas que adquieren en la coerción su expresión última. Esa coerción se manifiesta, al menos, de dos formas diferentes: física o ideológicamente.

El ejército o, de un modo más simbólico, el armamento configuran el elemento básico en el que se funda la coerción física. La ideológica queda amarrada a los intereses de la clase dominante a través del control de las relaciones entre los hombres y los dioses, que dejan de expresarse de forma individualizada para quedar ritualizadas en un instituto todopoderoso en el ámbito supraestructural como es la religión. En ese esbozo de presentación están contenidos los elementos que consideramos esenciales en el análisis de la existencia de formaciones estatales y que resultan imprescindibles para el debate sobre su propia articulación de las formaciones estatales en la Península Ibérica. En consecuencia, como primer paso deberíamos buscar en el registro arqueológico datos que avalaran la existencia de una clase social dominante, capaz de controlar los medios de producción, de no participar en las tareas productivas, de gestionar los bienes colectivos, de manipular políticamente a la comunidad, de ejercer las funciones religiosas, de desempeñar la comandancia militar, de constituir el vértice de las relaciones sociales y, finalmente, de transmitir todas esas capacidades como herencia de grupo.

Ciertamente, la tarea no es fácil. De hecho, las lecturas del registro arqueológico son variables y, en consecuencia, los criterios de los investigadores dispares. No obstante, se sugiere, en general, que el control económico desemboca en el surgimiento de la propiedad privada, cuyo reflejo arqueológico sería la acumulación de riqueza tanto en los ajueres funerarios, como en el hábitat, aunque puede suceder de formas muy diversas y a distintos ritmos. También es posible, en situaciones paleotécnicas —esto es, donde la tecnología no es el elemento más relevante de la producción—, que la apropiación se realice, no sobre la tierra, sino sobre el trabajo y la información estratégica que lo condiciona. Sea como fuere, la diferenciación social se percibe, asimismo, en la segregación residencial y funeraria, en la especialización de los espacios tanto domésticos como públicos y en la

articulación de estructuras constructivas ajenas a la vida comunitaria aldeana. En este sentido es igualmente importante determinar la existencia de especialización laboral, con artesanado a tiempo completo en producciones específicas, que obligue a una complejidad social en la que quepan sin estridencias posiciones dominantes y de sumisión. El propio espacio habitacional puede revelar la existencia de espacios públicos con función gerencial o política, e incluso estructuras constructivas que denuncien la existencia de ese predominio político. Otro tanto cabría decir a propósito de los espacios religiosos y su utilización o de los sistemas defensivos. La apropiación simbólica de la panoplia o del caballo y la distribución espacial de los elementos necropolíticos constituyen síntomas de la diferenciación social vinculada a la coerción física a través de la jefatura militar y, consecuentemente, de las relaciones sociales.

Todos estos registros, unidos a otros a los que no hemos aludido, pueden contribuir —aunque no de forma determinante— a la percepción de sociedades suficientemente complejas como para considerarlas estados. De hecho, la documentación con la que trabajamos es engañosa, pues no responde más que a una parte de la realidad que fue, mientras que el estudioso con frecuencia se afana en creer que posee datos significativos para la totalidad. No siempre, por no decir casi nunca, es posible detectar en un yacimiento arqueológico correspondiente a los momentos iniciales del proceso de estatalización elementos suficientes para juzgar la existencia o no de una formación estatal. Resulta necesario, por tanto, atender a escenarios de gran extensión para formular propuestas generales que tengan coherencia estructural. Para concluir estas propuestas programáticas es imprescindible recordar que el surgimiento de una organización compleja de carácter estatal es un proceso no uniforme, que puede ser muy lento en ocasiones o sumamente acelerado en otras, en el que la incidencia de estímulos exógenos puede ser determinante o intrascendente y en el que, por tanto, no cabe una apreciación formalista rígida. La aplicación de estos criterios a la realidad protohistórica peninsular obliga a una flexibilidad total en el análisis, pues requiere como principio de método una aproximación multifocal, regionalista por un lado y generalizadora por otro.

El conocimiento de los procesos históricos que desembocaron en la formación del Estado en la protohistoria peninsular requiere el planteamiento previo de cuestiones de definición teórica que puedan ser aplicables a la Iberia prerromana, para averiguar si puede hablarse, y cuándo, de la existencia de Estado. La preocupación surge, no sólo de la índole de

los nuevos datos aportados por la investigación, sino también de la crítica de los enfoques y de la metodología utilizados en los planteamientos hechos hasta el momento. Para la comprensión global, es preciso tener en cuenta tanto lo que puede conocerse de la evolución interna como de los fenómenos de aculturación, es decir, de los estímulos externos procedentes del Mediterráneo.

No obstante, estimamos que la elaboración de modelos teóricos es sólo parcialmente útil, pues son instrumentos de aproximación, necesariamente modificables en el momento en el que se aplican a una realidad histórica concreta. Precisamente por ello, uno de los problemas metodológicos que percibimos más peligrosos en la situación actual es la aplicación mecánica de modelos surgidos como consecuencia de un sutil y pormenorizado caso regional a cualquier otra realidad que manifiestamente es distinta. La consecuencia es una sorprendente tendencia a la homogeneización de situaciones históricas muy dispares en la moderna literatura arqueológica que emplea indiscriminadamente el feliz resultado de un excelente trabajo de interpretación histórica en un espacio cultural concreto. Pero tal vez sea más comprensible lo que estamos destacando aplicado a las realidades socioculturales concretas de la Iberia prerromana. Da la impresión, por los resultados obtenidos del análisis arqueológico, que ninguna comunidad del Bronce Final había desarrollado formas de organización estatal¹.

El escaso conocimiento que poseemos sobre las formas de hábitat permite, sin embargo, intuir que no existía la segregación residencial propia de las comunidades estatalizadas. La jerarquización de los asentamientos no sirve, frente a opiniones contrarias extendidas, para documentar la existencia de formaciones sociales con Estado, ya que las diferencias funcionales no tienen por qué implicar la existencia de clases diferenciadas. En realidad, el problema es determinar si los habitantes de un núcleo habitacional mantienen una relación social de dependencia con respecto a otros que, liberados de las tareas productivas, ejercen una práctica gerencial que les permite mantener una posición de privilegio en las relaciones sociales de producción.

Ningún otro de los indicativos destacados para detectar externamente las formaciones estatales parece distinguirse entre las comunidades del Bronce Final peninsular. En realidad el problema se ciñe —como casi todo el mundo acepta— al periodo de contacto intercultural entre los colonizadores mediterráneos y las poblaciones autóctonas.

Desde un punto de vista conceptual, el problema se basa en la definición de la formación estatal

desde categorías propias del mundo helénico (que a su vez han determinado el análisis del fenicio); quisiéramos, sin embargo, aclarar que no se puede considerar el Estado-ciudad mediterráneo como la posibilidad única de formación estatal. Cuando la definición del Estado se ha realizado a través exclusivamente del surgimiento de la ciudad, otras posibilidades han quedado desgraciadamente marginadas. Por ello es conveniente diferenciar la abstracción Estado de una de sus manifestaciones físicas como es la ciudad. Es decir, la ausencia de ciudad no implica necesariamente ausencia de Estado; únicamente manifiesta la inexistencia de la modalidad que denominamos Estado-ciudad. Ahora bien, dada la progresiva integración de las comunidades peninsulares en las formas de organización propias de las sociedades avanzadas del Mediterráneo, no es de extrañar que el afloramiento de la ciudad se considere criterio relevante para la constatación de formaciones estatales. En este sentido, consideramos sumamente relevante el tránsito de la organización habitacional en aldeas al *oppidum*, suficientemente bien establecido por Ruiz y Molinos (1993) en el registro arqueológico de la Alta Andalucía. La lectura histórica es la hegemonía de relaciones clientelares en las formas de organización social, frente a los lazos de parentesco propios de las comunidades aldeanas y del modo de producción doméstico. El tránsito de la familia a la clientela como unidad básica de producción tiene alcances de muy diversa índole, entre los que el más significativo sería la consolidación de un grupo de patronos, que no es otra cosa sino la clase dominante aristocrática, en torno al que se organizan las clientelas.

Esta realidad está siendo aplicada demasiado mecánicamente a distintos ámbitos peninsulares, de forma tan esquemática que termina dando la impresión de que en cualquier parte los procesos fueron similares. Tal vez haya llegado el momento de destacar —ahora que conocemos los grandes procesos— las variantes y la riqueza de las diferencias regionales.

En lo que se refiere a ese periodo que acostumbramos a denominar como "*protohistoria*", dos son los ámbitos que fundamentalmente atraen nuestra atención, Tarteso, por una parte, y las formaciones ibéricas, por otra.

2. LA FORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES ESTATALES

En la complejidad totalizadora de la realidad histórica, conviene igualmente tener presente el

problema de precisión y distinción entre las transformaciones que derivan del mundo estrictamente social y las que se refieren principalmente al mundo cultural. Las transformaciones sociales aparecen en principio más evidentes, pero es más complicada la captación de aquellas transformaciones que afectan al mundo de las manifestaciones culturales. Seguramente este fenómeno epistemológico está en relación con la dificultad real con que operan las transformaciones mismas en este campo, en el de las ideas y creencias del pueblo que experimenta los cambios, cuando, por el contrario, se han operado de modo flexible o forzado los cambios que afectan a las estructuras sociales. Es diferente la aceptación de las pautas sobre los modos de actuar, sobre el deber ser, de la actuación real aparentemente espontánea, al margen del planteamiento de principios que la justifiquen. Es relativamente normal aceptar la relación del problema del Estado con el del desarrollo de las clases sociales, pero es frecuente considerar que éste está precedido de las transformaciones culturales que pueden llegar a verse como sus desencadenantes². La realidad histórica funciona de un modo más complejo, por lo que conviene introducir correcciones a esta visión un tanto lineal. La innovación, a cualquier nivel, infraestructural o superestructural, provoca un proceso de retroalimentación que puede llegar a convertirse en una fuerza negativa para la innovación misma y, por tanto, capaz de dar nueva energía y reactivar el viejo sistema (Harris 1982: 88). Sin embargo, al mismo tiempo, algunos cambios en las infraestructuras, en la tecnología, la ecología o la demografía, pueden incidir en las formas de funcionar las sociedades y en la economía misma, hasta el punto de que la tendencia amortiguadora se ve superada por su capacidad para propagarse y amplificarse, con lo que el resultado es una retroalimentación positiva que puede llegar a alcanzar los niveles superestructurales hasta provocar una modificación de las características fundamentales del sistema sociocultural. En cambio, es sumamente improbable que se produzca el proceso inverso. De ello se deduce que la mayoría de las innovaciones puede ser integrada en el sistema sociocultural al que afectan ya que éste mismo, mediante pequeñas alteraciones, genera mecanismos que sirven para amortiguar la posible desviación producida o, incluso, para extinguirla.

Por otra parte, el cambio cultural resulta más probable si lo modificado por medio de la influencia o el impacto externo constituye un aspecto crucial de la estructura o de la infraestructura que si atañe, exclusivamente, al nivel superestructural. Otras veces el resultado del contacto cultural que se establece como marco que genera las innovaciones

ocasiona lo que se conoce como una situación de "pluralismo estabilizado", allí donde los grupos socio-culturales implicados se atienen a un acomodo mutuo que les permite persistir en sus respectivas tradiciones sin un exceso de interferencias. Situaciones así se han descrito para el resultado del contacto entre griegos e indígenas en el contexto de la colonización mediterránea (Morel 1984: 132 ss.) y se han percibido, así mismo, en algunos lugares de nuestra península entre los iberos y los colonizadores púnicos (Chapa, e.p.). Finalmente, es preciso igualmente considerar que las consecuencias de las innovaciones externas no resultan siempre beneficiosas en el sentido de la marcha de la composición de una nueva estructuración social, sino que, por el contrario, frecuentemente producen la desestructuración cultural de los sistemas sociales (Alvar 1990: 23 ss.; Wagner, e.p.).

3. METODOLOGÍA Y FUENTES

Uno de los primeros problemas planteados es el derivado de la naturaleza de las fuentes. Es razonable que en ocasiones se dude de la capacidad de los estudios arqueológicos para detectar los indicadores señalados para el reconocimiento del Estado y de las clases sociales, o para comprender en cada caso la complejidad cultural, e incluso para articular un discurso capaz de potenciar adecuadamente los datos de los textos y los de la propia arqueología³.

A primera vista, el mundo tartésico y la cultura ibérica ofrecen dos realidades diferentes en muchos aspectos de la vida cultural, social y económica, que se manifiestan en su propia documentación. Sin embargo, esa diferencia ha sido difuminada a través de un elemento homogeneizador "orientalizante" considerado como factor fundamental de sus procesos de formación. Ese elemento externo sirve de catalizador de un proceso que, en cada una de las formaciones estudiadas, es comprensible desde las condiciones internas de la producción. En efecto, la transformación tecnológica y de las relaciones sociales, políticas, administrativas e ideológicas, es sustancialmente distinta en Iberia y Tarteso si se contempla desde el indicador de la complejidad social, por más que la perspectiva alóctona hubiera proporcionado aquella falsa imagen de similitud.

En este sentido, en las comunidades ibéricas, la división del trabajo y la paralela especialización productiva, apoyada en la capacidad técnica de la metalurgia del hierro, con la que se producen útiles nuevos y diversificados, y apoyada asimismo en unas condiciones sociales aptas para generar excedentes⁴, posee rasgos muy diferentes a los que po-

drían detectarse en Tarteso. Aquí, el utillaje sigue siendo esencialmente lítico y no se asiste a ninguna renovación significativa del mismo, o al menos desconocemos su manifestación arqueológica. Aunque últimamente ha sido sugerida la existencia de un proceso de intensificación agrícola que acompañaría un cambio social señalado por la aparición de grupos de varones guerreros de carácter aristocrático basados en la posesión de la tierra, "*proceso que tendrá que ver no sólo con la introducción del arado y la fuerza de tracción, sino del abonado y de ciertas leguminosas que permitirían conservar la estabilidad del suelo, aumentar su eficacia alimenticia y con ello, la estabilidad de las poblaciones sobre las parcelas de cultivo*" (Ruiz-Gálvez 1992: 240), lo cierto es que dicho cambio no resulta contrastable en el registro arqueológico del SO., salvo muy indirectamente. En efecto, de modo alternativo, también se ha propuesto que los cambios en el patrón de asentamiento que se perciben en el Bronce Final sean consecuencia de un crecimiento de la población (Aubert 1977-78: 106; Belén y Escacena 1992) resultado de un proceso de intensificación agrícola. Dichos cambios tienen que ver con la aparición de nuevos asentamientos, como los Cabezos de Huelva⁵ o Cerro Macareno (Sevilla), con la reocupación de algunos conocidos desde el Bronce Pleno y con el crecimiento de los preexistentes, como Setefilla o Carmona; también podrían responder a un reordenamiento del hábitat y del espacio productivo en conexión con la aparición de nuevas actividades, lo que se aprecia bien en los que tenían una clara función minero-metalúrgica, como San Bartolomé de Almonte (Huelva), o redistributiva en centros de carácter ceremonial.

En cualquier caso, metodológicamente, carecemos, al contrario de lo que ocurre para el ámbito ibérico, de una contrastación arqueológica precisa sobre la intensificación agrícola, pues no hay huellas de la utilización del arado, ni —por supuesto— de los arados mismos, ni tampoco de muestras paleobotánicas suficientes capaces de certificar la introducción y difusión de las leguminosas. Por otra parte, un crecimiento natural de la población podría explicar, mediante segmentación (Carrilero 1993: 165), la colonización de tierras con la aparición de nuevos asentamientos, sin necesidad de recurrir a dicha intensificación agrícola como explicación, habida cuenta de que conocemos muy mal el período precedente.

Desde el punto de vista de las relaciones con la tierra, en el orientalizador tartésico se explotaría a través de una comunidad de aldea, en la que las relaciones de parentesco sirven de base para controlar el trabajo ajeno. En el Bajo Guadalquivir parecen haberse detectado explotaciones agrarias de este tipo,

así como explotaciones ganaderas (Belén y Escacena 1992: 76). En cambio, en el mundo ibérico, la agricultura de arado favorece la posesión aristocrática, que tiende a concentrar la población en *oppida*. Tampoco se observa en el mundo tartésico una clara diferenciación funcional por espacios asociados a determinadas actividades dentro de los asentamientos, con la salvedad de que la ausencia de datos puede resultar la verdadera causa del desconocimiento. Pero, de todos modos, en ocasiones, donde hay indicios de una notoria actividad minera y metalúrgica, como en algunos poblados próximos a las zonas de extracción, la estructura de los mismos y la dispersión de los hallazgos hacen pensar en una ocupación temporal y en un trabajo de tipo doméstico. Distinto es el caso de Cerro Salomón en lo que a la estacionalidad de las tareas se refiere, pero aún aquí se podría defender el esquema de producción doméstica. En otros casos, como en Huelva o Tejada la Vieja, donde al parecer se han detectado las instalaciones de una zona reservada a las actividades de tipo metalúrgico, la presencia contigua de los colonizadores está siempre más o menos documentada (Fernández-Miranda 1991: 87 ss.). En ambas modalidades se desarrollan formas de intercambio desigual con el exterior, con lo que los grupos dominantes adquieren bienes de prestigio, en el que apoyan su derecho de apropiación del excedente.

Precisamente en relación con el parentesco y su manipulación como forma de adquirir riqueza y notoriedad, se ha resaltado recientemente el papel desempeñado por el control social sobre las mujeres y sus matrimonios (Ruiz-Gálvez 1992, Wagner 1995: 115 ss.), ya que en un contexto de explotación predominantemente comunitaria y ambiente paleotécnico posibilita el dominio de la producción y la reproducción social, mediante la disponibilidad de fuerza de trabajo representada por los hijos de estas mujeres, así como la transmisión de los medios de subsistencia de una generación a la siguiente por vía de la filiación multilineal y de la herencia. Al mismo tiempo, el intercambio de mujeres permitiría establecer pactos y alianzas con grupos lejanos y, en el interior de la comunidad, la formación de un circuito integrado por familias que dan y reciben mujeres, lo que constituye un medio de establecer vínculos de dependencia, y criterios diferenciales sobre la valoración de cada novia, lo que algunos perciben arqueológicamente en la rica orfebrería del Bronce Final (Ruiz-Gálvez 1992), y un acicate, por tanto, para la jerarquización social (Meillassoux 1972; Friedman 1977: 202 ss.; Godelier 1981: 92-3).

La metalurgia del bronce genera sobre todo bienes suntuosos, de prestigio, pero en el mundo tar-

tésico no resulta cuantitativamente demasiado importante (Wagner 1995: 112 ss.), en contraste con otras culturas europeas contemporáneas. Sin duda, se trata del sector más especializado de Tarteso y quizás también por ello más dependiente del exterior. Las poblaciones del suroeste establecen contactos con el Mediterráneo central y occidental, con motivo del abastecimiento de metales, desde el s. X, pero esto incide escasamente en las actividades productivas relacionadas con la subsistencia y el excedente, salvo en el hecho mismo de la transferencia comercial. Su dependencia de la metalurgia atlántica, por un lado (Ruiz-Gálvez 1986, 1987; Harrison 1989: 52 ss, *cfr.*: Blázquez 1992a: 257 ss.), y de los modelos y técnicas aportados por los colonizadores fenicios, por otro, junto al escaso número de personas involucradas en la producción de tales objetos, en proporción a la población restante dedicada a actividades en los sectores agropecuario y minero, hace que no sea posible atribuirle la responsabilidad de los cambios, pues parece, por el contrario, más bien consecuencia de los mismos. En este sentido, coincidentemente, Fernández-Miranda era partidario de explicar la realidad especialmente a través de la evolución propia a partir del Bronce Final, a lo que se añadiría la presencia externa en su complejidad, que favorece las transformaciones del mundo tartésico a partir de la mitad del siglo VIII⁶.

Ahora bien, otras experiencias históricas, aunque lejanas⁷, dan a conocer que la existencia de una tecnología "avanzada" en términos convencionales no es siempre imprescindible para edificar sociedades culturalmente complejas que se mantengan con el excedente materializado en forma de bienes suntuarios y servicios, militares, comerciales, administrativos, que favorecen la creación de hegemonías entre los indígenas, lo que a su vez potencia el crecimiento demográfico patente en el mundo tartésico en el siglo VIII (Durán y Padilla 1990: 58 ss.). Ahora bien, la relativa ineficacia de la tecnología debe estar compensada con la potencialidad productiva del entorno y la capacidad de movilización del esfuerzo humano para generarla. Por ello, luego, se llega a la explotación de las poblaciones indígenas (Belén y Escacena 1992: 78). Así se genera un sistema redistributivo no sólo en relación con las condiciones de eficacia medioambiental, sino sobre todo con una red interna capaz de movilizar el trabajo orientado hacia el excedente sin necesidad de medios de coerción que resulten onerosos. Y en este sentido las soluciones ceremoniales desempeñan un importante papel.

En relación con todo esto, cabría indagar acerca de lo que la documentación arqueológica aporta sobre Tarteso. La existencia de un grupo do-

minante ha sido defendida por el hallazgo de una serie de elementos que se consideran como propios de ese grupo. Entre ellos se encuentran las estelas decoradas del SO (Celestino 1991; Ruiz-Gálvez y Galán 1991; Galán 1993; Moreno 1995), las estelas —más tardías— con inscripción⁸, los bronceos (García y Bellido 1956, 1960, 1964), marfiles (Aubet 1978, 1980; Blázquez 1992b: 301 ss.), joyas (Kukahn y Blanco 1959; Ruiz-Gálvez 1988, 1992), cerámicas de importación (Aubet 1976-78; Belén 1986; Blázquez 1992a: 245 ss.) y algún edificio "singular" o de prestigio paradójicamente situado en un contexto un tanto periférico (Celestino y Jiménez 1993), junto con algún posible santuario de localización también excéntrica (Blázquez y Valiente 1981: 195 ss.).

A todos estos elementos, considerados como verdaderas pruebas, aún se pueden añadir los enterramientos suntuosos (Garrido 1970; Aubet 1981: 161 ss. y 1982; Almagro 1983), bien por la forma (túmulos, tumbas de cámara) bien por el contenido (ajuares) que aflora en algunos yacimientos (La Joya, Setefilla, Cástulo). Y a pesar de tan copioso elenco, no hay ningún documento que nos informe de sus procedimientos administrativos y métodos de control social. Pero, además, a tenor de los hallazgos, esa hipotética clase aparece, puntualmente, restringida y escasamente cohesionada en términos tanto geográficos como sociales. En definitiva, para defender su existencia no nos quedan más que bienes de prestigio, salvo las estelas que la representan y cuya función y contexto es dudosa. Pero, desgraciadamente, esos bienes suntuarios no hablan nada de las restantes realidades sociales y económicas, y aún mucho menos de las ideológicas, aun cuando en ocasiones se quieran advertir éstas desde el significado simbólico de una iconografía, por orientalizante, en gran parte importada⁹.

Nada nos dicen tampoco esos objetos acerca de la reelaboración cultural de las influencias externas, de la asimilación o del rechazo hacia determinados elementos procedentes del exterior y que sólo podemos percibir mínimamente en el carácter selectivo con que son adoptadas determinadas formas cerámicas y no otras. Nada aportan acerca del por qué de la asimilación o del rechazo, de la aculturación y su complejidad, tras la cual subyacen elementos no sólo simbólicos y culturales, sino, e igualmente arraigados en una tradición que desconocemos, productivos, sociales...

En definitiva, los únicos vestigios que podrían inducirnos a pensar en la existencia de un grupo dominante en las comunidades locales del Bronce Final, las estelas decoradas del SO, presentan un grado de variabilidad tan alto en los patrones iconográfi-

cos que alguno podría deducir la inexistencia de una definición nítida del prestigio, lo que —en esa misma línea interpretativa— indicaría una ausencia de cohesión social entre las elites por ellas representadas (Barceló 1992: 269) o, sencillamente, su inexistencia al corresponder las estelas a un sistema de representación de rangos en una “*sociedad donde los guerreros participen en la producción y donde exista una total ausencia de lazo directo entre poder y riqueza*” (Carrilero 1993: 166); aunque convendría advertir que la propia existencia de las estelas constituye un entramado apropiado para la representación simbólica de la cohesión aristocrática.

Por otra parte, una conclusión igualmente negativa podría obtenerse tras el análisis del carácter heterogéneo y “mezclado” de las tipologías funerarias y los rituales de enterramiento en las necrópolis del período orientalizante, como La Joya o Setefilla: el prestigio no está aún social ni simbólicamente definido y se expresa de muy diversas maneras. La impresión que de todo esto emana es la de una continua transición, un momento prolongado de cambio que se dilata en la dimensión temporal sin que sus causas, en los datos, aparezcan claras ni su punto de llegada evidente.

En contrapartida, sería necesario destacar que un extremo señalado al principio, como es el de la capacidad de transmisión del grupo, comienza a presentar síntomas en el registro arqueológico. En efecto, del período orientalizante es el enterramiento de El Carpio del Tajo (Pereira y Álvaro 1990) en un área marginal, Toledo, con respecto a la región considerada tartésica. Se han encontrado los restos de la inhumación de una mujer y un recién nacido junto con un riquísimo ajuar funerario que denota un rango elevado y un hecho asimismo significativo, la asociación de la posición social al nacimiento, lo que avalaría la existencia de heredabilidad. Otro caso de enterramiento infantil con ajuar parece haber sido detectado en Setefilla, según una amable indicación verbal de M.^a Eugenia Aubet.

Por su parte, las fuentes literarias, que recogen las tradiciones antiguas (Wagner 1986; De Hoz 1989a; Alvar e.p.), proporcionan una imagen refleja, ya que no informan de una realidad directa, sino a través del filtro de otra realidad histórica, que desfigura, moldea y conforma las propias noticias e imágenes que transmite, dando apariencia real a lo que es una percepción, pero formada a partir de una realidad cuya esencia es preciso captar (Plácido 1989, 1993a, 1993b). Precisamente, esa imagen refleja permite acceder a la realidad empórica de Tarteso, vinculada unas veces a un comercio de índole aristocrática y aventurera, como ocurre con Coleo, y otras a

unos contactos y transacciones más regularizados, por ejemplo, con los foccos¹⁰. En cualquier caso, cuando llegan los navegantes griegos parecen existir estructuras suficientemente fuertes como para imponer condiciones en la forma de asentamiento (Domínguez 1994: 34 ss.). A partir de este supuesto, hay quienes consideran que ya han emergido, y aquí entramos de lleno en el debate sobre la “realeza” tartésica (Wagner 1993: 111), unas formas de autoridad personal asociadas muy estrechamente a los beneficios del comercio empórico y colonial, y cuya legitimación parece proceder, precisamente, de su propia capacidad para apropiarse de aquellos beneficios (Presedo 1986). Fuera de este ámbito el resto de la información literaria antigua concierne sobre todo a aspectos geográficos y de localización, tanto de lugares como de mitos y leyendas, por lo que su análisis queda al margen de nuestra instantánea inquietud.

4. INTERPRETACIÓN

A pesar de todas las limitaciones señaladas, podemos proceder a la interpretación de los datos, sin duda insuficientes, pero al mismo tiempo también en alguna medida significativos. En esta tarea surgirán más preguntas que respuestas, lo que debe ayudarnos a una reflexión sin la cual el avance de nuestro conocimiento será muy difícil. La existencia de un grupo dominante en Tarteso, como manifestación más arqueológicamente vistosa de su complejidad cultural, presenta rasgos menos definidos que en el mundo ibérico. La ausencia de una gran estatuaria en piedra ya es de por sí un rasgo de esta peculiaridad. Al mismo tiempo faltan también otras manifestaciones de carácter “aristocrático”, tan típicas de las comunidades ibéricas (como las representaciones vasculares), y cuya ausencia ha contribuido notoriamente en la calificación de “realeza” que se otorga a las formas de poder tartésicas. El mismo desarrollo de los asentamientos difiere aquí y allí, pues no se constata tampoco la formación de *oppida* sobre el control, productivo y militar, de la comarca circundante como en el caso ibérico (Ruiz y Molinos 1993: 262 ss; Santacana 1995: 151 ss). Ello implica también unas relaciones de producción y unos sistemas de poder diferentes. Las sociedades indígenas son capaces de interactuar con los fenicios gracias a la existencia de una mano de obra nativa eficazmente explotada en campos de cultivo y a la capacidad de consumo de los dominantes, lo que se percibe en el desarrollo de centros indígenas como El Carambolo, Carmona, Huelva, Setefilla, desde el siglo IX. En Tejada la Vieja hay un recinto amurallado desde fines del siglo VIII,

conviviendo con poblaciones no amuralladas, poblados de cabañas y asentamientos sin amurallar (Fernández Jurado 1987: 179 ss.). Tejada parece un centro destinado al control de la población que va a trabajar a las minas, según se desprende de la abundante cerámica indígena y de la presencia de población oriental, además de la especialización del artesanado metalúrgico.

También la realidad urbana, cuando aparece, como en Huelva o Tejada, es radicalmente distinta a la ibérica y se halla, según adelantamos, asociada siempre a la presencia colonial, bien por la propia huella de los colonizadores o por el tipo de actividades (metalurgia, comercio...) que la caracterizan. Por todo ello, las comunidades tartésicas se insertan en un ambiente de ruralidad, salvo las excepciones vinculadas a las relaciones coloniales, que no pierden nunca. La ciudad tartésica, cuando existe, se configura como un apéndice de una realidad marcada netamente por el comercio y la presencia colonial.

Pero no podemos inclinarnos por la aceptación de una síntesis global entre los dos mundos —al margen de la integración de sus distintos componentes— o por la defensa de un espacio tangencial tartésico-colonial que margina a otra realidad estrictamente tartésica que mantiene sus rasgos socioeconómicos incólumes.

La elección pasa por conocer la capacidad de síntesis, integración y transformación entre los elementos e influencias externas, no sólo en el plano de los modelos y categorías culturales, y la sociedad tartésica o, más bien, de su grupo dominante, destinatario principal y casi exclusivo de las innovaciones introducidas por los colonizadores.

En Tarteso la hegemonía se destaca, fundamentalmente, por la ostentación orientalizante que simboliza sus relaciones de poder y aquello que las legitima. Conocemos esta ostentación, sobre todo, en el terreno funerario, donde la imitación de rituales y la réplica metálica del servicio cerámico utilizado por los colonizadores fenicios en sus tumbas no es tanto síntoma de una aculturación, que en otros campos no se manifiesta tan intensa ni profunda (Wagner 1995: 120 ss.), cuanto una manifestación simbólica de la legitimidad de su poder. Los objetos y ritos fenicios son imitados porque traducen al plano simbólico una realidad según la cual la hegemonía de la aristocracia tartésica descansa sobre la presencia colonial fenicia. No es mediante el apoyo técnico ni el reforzamiento económico o militar, que de hecho no se produce, sino mediante la mera presencia colonial y el intercambio a que da lugar. Desde Cádiz se desarrollan, a partir del 650, comunidades que eran potentes desde el II milenio (Aubert 1995: 233 ss.). Al

menos en Andalucía occidental, parece que en el proceso de evolución desde el siglo VIII las poblaciones indígenas conservan en buena medida su identidad a pesar de convivir con los fenicios (Belén 1986: 263-274). Lo que se produce no es tanto una aculturación cuanto un proceso en el que la economía tribal se introduce en los circuitos de la mercantilización colonial, con lo que supone de aumento de la riqueza, ostentación e incremento de la complejidad social (Barceló 1992: 267). La aristocracia es poderosa porque el comercio con los fenicios le permite “realizar” el excedente, gracias a que así puede apropiarse del producto del trabajo ajeno. En un sistema de rango y jerarquía el comercio con los colonizadores proporcionaba la capacidad no sólo de adquirir nuevos bienes de prestigio que contribuyan a reproducir las relaciones sociales que han encumbrado a los grupos dirigentes de la sociedad, sino que mediante su adquisición, al movilizar la fuerza de trabajo necesaria para dar respuesta a los requerimientos de los colonizadores, posibilitan la apropiación de una parte del excedente en forma de trabajo extra (*cf.* Gudeman 1981: 256). No fue tanto el trabajo artesanal el que propició las condiciones necesarias para que los dominantes se apropiaran del excedente, ya que no hay tampoco claros indicios de un fuerte desarrollo de la especialización durante el orientalizante, sino la redistribución asimétrica o desigual de lo obtenido a partir del trabajo extra que era capaz de movilizar desde su control, ideológico y social, de la red redistributiva. En tal contexto la desigualdad intrínseca al intercambio entre colonizadores y autóctonos no radica en que la naturaleza del beneficio que cada parte persigue sea distinta, obteniendo los fenicios “dinero”, valor de cambio, y los dirigentes tartesios prestigio, reconocimiento y poder. Estos también se enriquecieron en el comercio con los colonizadores, pero el proceso y la forma en que se produjo tal enriquecimiento fueron esencialmente distintos. Por otra parte, la riqueza “orientalizante” en manos de las aristocracias emergentes diversificaba la procedencia de sus fuentes de poder, al dejar de ser proporcionada en exclusiva por el control ejercido sobre los medios de producción a través de los métodos tradicionales como las alianzas y el intercambio de mujeres (Wagner 1995: 116 ss.), y al mismo tiempo, y por ello, las supeditaba a una estrecha colaboración en el mantenimiento de las condiciones que hacían posibles el comercio colonial. Pero al mismo tiempo que se consolidaban los grupos aristocráticos era necesario conservar las redes redistributivas que alimentaban su poder, preservar en definitiva las condiciones sociales preexistentes. Aunque prácticamente carecemos de información al respecto, la pervivencia de las

prácticas económicas tradicionales, allí donde puede vislumbrarse, adquiere un valor significativo. Tal pervivencia se advierte en la continuidad del patrón de asentamiento (Amores y Temiño 1984; *cf.* Barceló 1992: 263), en la escasa renovación tecnológica que supuso la tardía incorporación del utillaje de hierro, así como en un desarrollo artesanal lento que se aprecia en hechos tales como el siglo y medio largo que fue necesario para que se generalizara la cerámica a torno, condiciones todas ellas no debidas a la ineficacia sino al mantenimiento, en determinadas circunstancias o lugares, de una sociedad "tradicional" en la que tales innovaciones resultaban en gran medida innecesarias. Efectivamente, la realidad es variopinta porque se trata ya de comunidades no homogéneas, en las que el impacto externo ha motivado reacciones diferentes.

Ahora bien, los intercambios, al proporcionar una forma de "realizar" el excedente controlado por los aristócratas, desempeñaron un importante papel en el sostenimiento del sistema redistributivo sobre el que se alzaban las nuevas expresiones de poder, y la dependencia respecto del sistema colonial fue en aumento. Por otra parte, el sistema colonial, operando sobre la base de relaciones desiguales, generaba las condiciones que impedían la consolidación definitiva de las aristocracias y, al mismo tiempo, contribuía a preservar el modo de producción local para explotarlo con lo que, en realidad, lo transformaba. En unas relaciones de este tipo la parte que obtiene el beneficio, en este caso los colonizadores fenicios, no sólo se aprovecha de las diferencias en costes sociales de producción, sino que, precisamente por ello, el intercambio desigual encubre una realidad de sobre-explotación del trabajo, que se articula en la transfe-

ncia entre sectores económicos que funcionan sobre la base de relaciones de producción diferentes. En este contexto el modo de producción propio de las comunidades autóctonas, al entrar en contacto con el modo de producción de los colonos orientales, queda dominado por él y sometido a un proceso de transformación, bajo la presión de la explotación que encubre el intercambio desigual. La contradicción característica de tal transformación, la que realmente la define, es aquella que toma su entidad en las relaciones económicas que se establecen entre el modo de producción local y el modo de producción dominante, en las que éste preserva a aquél para integrarlo, como modo de organización social que produce valor en beneficio del colonialismo, y al mismo tiempo lo destruye al ir privándolo, mediante la explotación, de los medios que aseguran su reproducción. Tal vez ésto explique la apariencia de perpetua transformación que caracteriza al orientalizante tartésico y la falta de cohesión de sus grupos dominantes y sobre todo las diferencias observadas en contraste con las comunidades ibéricas donde la dependencia colonial no parece haberse articulado sobre las mismas bases que en Tarteso. En el mundo ibérico las aristocracias se hallaban plenamente consolidadas mediante procesos internos de los que emergieron las bases de su poder (Ruiz y Molinos 1993), por lo que su dependencia respecto de la presencia colonial no fue sino relativa. En el mundo ibérico la presencia colonial sirvió para consolidar el proceso de estatalización, mientras que en la Tartésida la penetración del mundo colonial genera un proceso de desestructuración de un complejo cultural "inmaduro", lo que termina provocando su propia disolución.

NOTAS

¹ No queremos entrar en la polémica sobre una eventual existencia de estados en periodos anteriores, en relación con la cultura de los Millares o el Argar. La tesis de Nocete (1989) ha recibido duras críticas, pero al menos ha despertado la discusión en un espacio adormecido.

² Ver al respecto la crítica de López Castro (1993).

³ En este sentido, son recomendables las observaciones de J. Alvar, "Las ciudades del litoral ibero según las fuentes clásicas" en A. Roderro y M. Barril (1994), *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica I*: 7 ss.

⁴ Perceptibles tanto en la capacidad de consumo de objetos suntuarios (cerámicas, estatuas, joyas, etc. Almagro 1982; Olmos 1984; Harrison 1989: 161 ss; Blázquez 1992c: 387 ss.) por parte de las minorías, como en la presencia —arqueológicamente constatada— de silos para el almacenamiento de los excedentes agrícolas (Ruiz y Molinos 1993: 163 y 167; Leal 1995: 39).

⁵ Debemos a M. Fernández-Miranda una buena aproximación al com-

plejo histórico onubense que, no obstante, requeriría ciertas puntualizaciones motivadas por los hallazgos más recientes: Huelva, ciudad de los tartessos, *AO* (1986), 4: 227 ss.

⁶ *Les Phéniciens en Occident et la réalité tartessique, I Fenici: ieri ogi domani*, Roma (1995): 395 ss.

⁷ Ver al respecto Dumond (1961), *cf.*: Flannery (1975): 37.

⁸ En realidad, contienen una fórmula estereotipada que se repite aquí y allá (De Hoz 1989b: 528).

⁹ *Cf.* J. Alvar (1991): La religión como índice de aculturación: el caso de Tartessos. *II Congr. Int. Studi Fenici e Punici* (Roma, 9-14 nov. 1987) vol. I: 351-356.

¹⁰ Sobre esta incómoda dicotomía, J. Alvar (1995): El problema de la precolonización y los orígenes de la polis. *Imágenes de la Polis. I Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo* (Madrid 23-25 nov. 1994) ARYS 8, Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1982): Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y su delimitación del área cultural. *Homenaje a Conchita Fernández Chicharro*, Madrid: 250-257.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1983): Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *Madrid Mitteilungen*, 24: 177-293.
- ALVAR, J. (1990): El contacto cultural en los procesos de cambio. *Gerión*, 8: 11-27.
- ALVAR, J. (e.p.): Avieno, los fenicios y el Atlántico. *IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (Cádiz, 1995).
- AMORES, F.; TEMIÑO, I. (1984): La implantación durante el Bronce Final y el Período Orientalizante en la región de Carmona. *Arqueología Espacial*, 4: 97-115.
- AUBET, M.^a E. (1976-78): La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). *Ampurias*, 38-40: 267-287.
- AUBET, M.^a E. (1977-78): Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante en Tartessos. *Pyrenae*, 13-14: 81-107.
- AUBET, M.^a E. (1978): Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I. Cruz del Negro. *BSEAA*, XLIV: 33-79.
- AUBET, M.^a E. (1980): Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II. Acbuchal y Alcantarilla. *BSEAA*, XLVI: 15-77.
- AUBET, M.^a E. (1981): Excavaciones en Setefilla: el túmulo B. *Andalucía y Extremadura*, Barcelona: 161-171.
- AUBET, M.^a E. (1982): Los enterramientos bajo túmulo de Setefilla (Sevilla). *Huelva Arqueológica*, VI: 49-61.
- AUBET, M.^a E. (1995): El comercio fenicio en Occidente: balance y perspectivas. *I Fenici: ieri oggi domani*, Roma: 227-243.
- BARCELÓ, A. (1992): Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 49: 259-275.
- BELÉN, M. (1986): Importaciones fenicias en Andalucía occidental. *Aula Orientalis*, IV: 263-277.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L. (1992): Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental. *Paleoetnología de la Península Ibérica* (M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.), Complutum, 2-3: 65-87.
- BLANCO, A. (1956): *Orientalia*. Estudio de los objetos orientales y fenicios en la Península Ibérica. *A. Esp.Arq.*, 29: 3-31.
- BLANCO, A. (1960): *Orientalia II. A. Esp.Arq.*, 33: 3-43.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1992a): Las cerámicas del Cabezo de San Pedro. *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid: 240-259.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1992b): Marfiles fenicios de Cancho Roano (Badajoz) con el árbol de la vida y sus prototipos. *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid: 301-308.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1992c): Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén) *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid: 387-421.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.; VALIENTE MALLA, J. (1981): *Cástulo III*. *Ex. Arq. Esp.*, 117.
- CARRILERO, M. (1993): Discusión sobre la formación social tartésica. *Los enigmas de Tarteso* (J. Alvar y J. M. Blázquez, eds.), Madrid: 163-185.
- CELESTINO PÉREZ, S. C. (1991): Las estelas decoradas del S.O. peninsular. *La cultura tartésica en Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2: 47-61.
- CELESTINO PÉREZ, S.; JIMÉNEZ DE AVILA, F. J. (1993): *El palacio-santuario de Cancho Roano, IV. El sector norte*. Gil Santacruz. Badajoz.
- CHAPA BRUNET, T. (e.p.): Models of Interaction between punnic colonies and Iberian land: the funerary evidence. *Iberian/Sardinian Colloquium*, 1991 (Prados, Gilman y Balmuth, eds.), Monographs in Mediterranean Archaeology.
- DE HOZ, J. (1989a): Las fuentes escritas sobre Tartessos. *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M.^a E. Aubet, coord.), Barcelona: 25-43.
- DE HOZ, J. (1989b): El desarrollo de la escritura y de las lenguas en la zona meridional. *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M.^a E. Aubet, coord.), Barcelona: 523-587.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1994): Los griegos en occidente y sus diferentes modos de contacto I. Los contactos en los momentos precoloniales. *Huelva Arqueológica*, 13.1: 19-48.
- DUMOND, D. E. (1961): Swidden Agriculture and the Rise of the Maya Civilization. *Southwest Journal of Anthropology*, 17: 301-316.
- DURÁN, V.; PADILLA, A. (1990): *Evolución del poblamiento antiguo en el término municipal de Écija*, Écija.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): *Tejada la Vieja, una ciudad protohistórica*. Huelva Arqueológica IX.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986): Huelva, ciudad de los tartesios. *Aula Orientalis*, IV: 227-261.

- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1991): Tartessos: indígenas, fenicios y griegos en Huelva. *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma: 87-96.
- FLANNERY, K. V. (1975): *La evolución cultural de las civilizaciones*. Barcelona.
- FRIEDMAN, J. (1977): Tribus, estados y transformaciones. *Análisis marxistas y antropología social* (M. Bloch, ed.), Barcelona: 191-240.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra, 3. Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1956): Materiales de arqueología hispano-púnica: los jarros de bronce. *A.Esp. Arq.*, 29: 85-112.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1960): Inventario de los jarros púnico-tertésicos. *A.Esp.Arq.*, 33: 44-63.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1964): Nuevos jarros de bronce tartésicos. *A.Esp.Arq.*, 37: 50-80.
- GARRIDO, J. P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva*. E.A.E., 71. Madrid.
- GODELIER, M. (1974): *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Madrid.
- GODELIER, M. (1981): Instituciones económicas. *Panorama de la antropología cultural contemporánea*, 4. Barcelona.
- GUDEMAN, S. (1981): Antropología económica: el problema de la distribución. *Antropología económica. Estudios etnográficos* (Llobera, comp.), Barcelona: 231-265.
- HARRIS, M. (1982): *El materialismo cultural*. Madrid.
- HARRISON, R. J. (1989): *España en los albores de su historia*. Madrid.
- KUKAHN, E.; BLANCO, A. (1959): El tesoro del Carambolo. *A.Esp.Arq.*, 32: 38-49.
- LEAL LINARES, P. (1995): *Obulco*. Écija.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1993): Difusionismo y cambio cultural en la protohistoria española: Tarteso como paradigma. *Los enigmas de Tarteso* (J. Alvar y J. M. Blázquez, eds.), Madrid: 39-68.
- MEILLASSOUX, C. (1972): From reproduction to production: a Marxist approach to economic anthropology. *Economic Society*, 1: 93-105.
- MEILLASSOUX, C. (1977): *Mujeres, graneros y capitales*. México.
- MOREL, J. P. (1984): Greek Colonization in Italy and in the West (Problems of Evidence and Interpretation). *Crossroads of the Mediterranean* (T. Hackens, N. D. Holloway y R. R. Holloway, eds.), Lovaina: 123-161.
- MORENO ARRASTIO, F. J. (1995): La estela de Arroyo Manzanas (Las Herencias II. Toledo). *Gerión*, 13: 275-294.
- NOCETE, F. (1989): *El espacio de la coerción. La transición al estado en las campiñas del alto Guadalquivir (España). 3000-1500 a.C.* B.A.R., M.S.P.A. 1, Oxford.
- OLMOS, R. (1984): La cerámica de importación griega en el mundo ibérico. *Homenaje a D. Fletcher*, Valencia: 225-247.
- PEREIRA, J.; ÁLVARO, E. DE (1990): El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvis de la Jara (Toledo). *Actas del Iº Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, Toledo: 215-234.
- PLÁCIDO, D. (1989): Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente. *Gerión*, 7: 41-51.
- PLÁCIDO, D. (1993a): Los viajes griegos al extremo occidente: del mito a la Historia. *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba: 173-180.
- PLÁCIDO, D. (1993b): La imagen griega de Tartessos. *Los enigmas de Tarteso* (J. Alvar y J. M. Blázquez, eds.), Madrid: 81-89.
- PLÁCIDO, D.; ALVAR, J.; WAGNER, C. G. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*. Madrid.
- PRESEDO, F. (1986): La realeza tartésica. *Revista de Arqueología*, extra 1: 44-57.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1986): Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce. *Trabajos de Prehistoria*, 43: 9-42.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1987): Bronce atlántico y "cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 251-264.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1988): Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente Peninsular. *Homenaje al prof. Ripoll Perello*, (Tiempo, Espacio y Forma): 325-328.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1992): La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica. *SPAL*, 1: 219-251.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.; GALÁN DOMINGO, E. (1991): Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- SANTACANA, J. (1995): Difusión, aculturación e invasión: apuntes para un debate sobre la formación de las sociedades ibéricas en Cataluña. *VIII Jornadas de Arqueología Fenicio Púnica*, Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, 29: 145-163.
- WAGNER, C. G. (1986): Tartessos y las tradiciones literarias. *Rivista di Studi Fenici*, XIV-2: 201-228.
- WAGNER, C. G. (1992): Tartessos en la historiografía: una revisión crítica. *Actas del Seminario La colo-*

- nización fenicia en la Península Ibérica. 100 años de investigación*, Almería: 81-103.
- WAGNER, C. G. (1993): Las estructuras del mundo tartésico. *Los enigmas de Tarteso* (J. Alvar y J. M. Blázquez, eds.), Madrid: 103-116.
- WAGNER, C. G. (1995): Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 52-1: 109-126.
- WAGNER, C. G. (e.p.): Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo Antiguo. Ensayo de aproximación metodológica. *Actas del Seminario El Mediterráneo en la Antigüedad: Marineros, colonos y comerciantes* (Almería 1992).